



Ebrāhim Adham:

Parangón de nobleza y de austeridad

Arnold Cumbrinck

Me avergüenzo verdaderamente ante Dios cuando mi corazón está ocupado en otra cosa que no sea la consciencia de Él o cuando mis ojos ven otra cosa que esa gracia de que Él haya descendido sobre Sus amigos.

—Ebrāhim Adham



Si algún maestro fuera el paradigma de actitud que se debe seguir en el sufismo, ese sería Ebrāhim Adham, el primero de una cadena de maestros procedentes del área espiritual de Jorāsān, esa vasta región que en los términos geopolíticos de hoy en día abarca el noreste de Irán, el oeste de Afganistán, la totalidad de Turkmenistán y una parte importante de Uzbekistán y de Tajikistan. Este maestro fue modelo, como ninguno, de pobreza total, de desprendimiento de todas las cosas materiales y psicológicas, y de nobleza. Fue un mar sin límites de generosidad altruista y de amabilidad hacia los demás. Aunque era un asceta riguroso, siempre fue afable con los demás, y actuaba socialmente con buen humor y alegría.

Abu Eshāq Ebrāhim b. Adham b. Mansur, nacido en el siglo octavo, estableció el camino sufí en Jorāsān. Más tarde, su destino le llevó fuera de su tierra natal hacia las tierras occidentales del territorio islámico, en las que fue la primera persona en llevar la escuela de la caballería espiritual desde Jorāsān a las tierras de habla árabe de Palestina y Siria, así como a la misma Arabia.

Nativo de Balj, empezó, como el Buddha, siendo un príncipe ostentoso y terminó siendo un paladín de la pobreza y del rigor ascético. Tenía su aspiración dirigida sólo hacia el amor de Dios, y no le movía la ambición

por lo mundanal, al igual que el Buddha, y dejó tras él un legado espiritual duradero.

El que las siguientes historias y citas de su vida hayan llegado a nosotros doce siglos más tarde, procedentes de un trabajador del campo, intencionadamente anónimo, que más que escribir su verdad la vivió, es el testimonio de la intensa atracción de corazón hacia él que, cuando vivía, experimentaban los que le rodeaban. A pesar de su forma de vida de extrema pobreza que sus mismos discípulos consideraban excesiva, tuvo seguidores a los que trató con afecto, consideración y amabilidad. «Sinceridad significa intención verdadera hacia Dios», les enseñaba. Su forma de enfocar la enseñanza se revela en su respuesta, cuando los discípulos mencionaron a un hombre que predicaba con bellos discursos: «Lo más necesario es que enseñe silencio».

Hablaba como vivía, y quedan palabras suyas, como este poema, que señalan la sinceridad y la franqueza de su camino:

*Renuncié a la sociedad,
rechazándola por mi anhelo hacia Ti;
quedé huérfano de familia
para así poder encontrarte a Ti.
Aunque me despedacen*





*miembro a miembro por el amor,
el cariño de mi corazón
sólo será para Tí.*

Con su madurez, conocedor de los celos de Dios y comprometido con el amor posesivo de Dios, guardó su corazón y sus acciones en su interior renunciando a «cualquier movimiento o vacilación que le distraiga a uno de Dios, concentrándose en Él en el propio corazón».

Su dedicación de todo corazón a la búsqueda de su destino espiritual no le resultó sin embargo fácil ni le llegó como un regalo en su vida. Cuando era joven se resistió y luchó frente a una llamada interior confusa y aterradora que arruinó esa vida cómoda y familiar que él pensó que iba a ser la suya. La respuesta de Ebrāhim a la voz de esa necesidad, de ese deseo en lo más profundo de su corazón, fue evolucionando en el transcurso de su vida, una evolución que llamamos ahora la senda sufí.

Consideró este viaje como el verdadero trabajo de su vida. Siempre ocupado en trabajos físicos, contestó a una persona que no le conocía y que le preguntó en qué empleaba su tiempo:

Yo poseo tres corceles. Cuando se presenta una bendición, monto el corcel de la gratitud, y cabalgo rápido de vuelta a

Dios. Cuando se presenta una prueba, monto el de la paciencia y cabalgo de regreso a Él. Cuando estoy dedicado a un acto de devoción, monto el corcel de la sinceridad y galopo hacia adelante.

Su verdadera ocupación fue regresar a Dios. La vida de Ebrāhim es un ejemplo de paradoja —de soledad en compañía, de estar en el mundo sin pertenecer a él. Esto se convirtió en la piedra angular del sufismo, especialmente relevante en los tiempos modernos. Inició su camino como una figura solitaria que vagaba en el desierto, que tuvo que cortar todos los lazos humanos que ataban su corazón a lo otro-que-Dios, y se convirtió en un hombre maduro totalmente dedicado a trabajar, a servir y a relacionarse con los demás. Personas de toda condición buscaron su guía y su compañía y vivió armoniosamente con todos, y ni que decir tiene que con los árboles y con los animales a los que cuidaba. Trataba a sus discípulos como si fueran su familia, preocupándose por ellos con ternura y responsabilizándose de ellos, e insistía en darles de comer.

Si bien su distanciamiento interior radical puede parecer lo opuesto a este tipo de compromiso, esta paradoja hacía de Ebrāhim un canal puro para que el amor de Dios fluyera hacia la gente, pues él había dejado de lado



su propio interés. Daba a sus discípulos estos consejos: «El viajero que más se aproxima a Dios es aquél que permanece distanciado de parientes y amigos», y «Cultivad la amistad con Dios, considerándole a Él vuestro Amigo, vuestro Apoyo y vuestro Refugio y liberaos así mismo completamente de la gente». Cuando trabajaba en el campo, cantaba entusiasmado: «¡Elige a Dios como compañero, y deja a la gente a un lado!»

La liberación de la que habla, sin embargo, está en el corazón, no en evitar a la gente. Decía a sus discípulos que mantener a las esposas y a los hijos con un trabajo honrado era una actividad que caracterizaba a los amigos de Dios. Y para él mismo, con su llamada a un camino de pobreza tanto exterior como interior, el matrimonio no era posible:

¿Elige una mujer a un hombre para que la tenga desnuda y hambrienta? No le desearía tan mala suerte a ninguna mujer... Si busco divorciarme de mí mismo, ¿cómo podría atar a alguien a mi silla como si se tratara de un venado muerto?

Por el contrario, decía:

Me he comprometido con Alguien, de Cuya compañía uno nunca se cansa, con Quien la unión no tolera ruptura ni separación, y con Quien, teniendo familiaridad y confianza, no existen ni la aprensión ni la extrañeza.

Trataba a sus discípulos como a su familia, y una carta suya a un compañero deja claro que los quería no por sí mismo —y ni siquiera porque fuera en interés de ellos— sino por Dios:

La intensidad de tu amor por Dios me hace ignorar tus faltas. Este es el estado de alguien que te ama por Él. Mi querido amigo, si te amara por ti, me percataría siempre de tus defectos en tus momentos de inatención [a Dios], hasta que tu desobediencia [hacia Dios] se rectificara, en el momento en que yo fuera capaz de enderezar tu incorrección.

Se dijo que había heredado el gran valor que su padre Adham demostraba en las batallas y Ebrāhim

lo aplicaba a las dificultades de su camino interior. No pedía a nadie que adoptara la disciplina que se imponía a sí mismo, y explicó así su propio método a un discípulo seriamente comprometido en la práctica devocional:

Para alcanzar la morada de la rectitud debes superar seis obstáculos: 1) cierra para ti la puerta de la abundancia y abre la de la prueba; 2) cierra la puerta de la auto-estima y abre la del corazón; 3) cierra la puerta del sueño y abre la del despertar; 4) cierra la puerta de la riqueza y abre la de la pobreza; 5) cierra la puerta de las expectativas y abre la de la disposición a morir; y 6) cierra la puerta de la insinceridad y abre la de los dolores de la muerte a ti mismo.

Hacia el final de su vida, reflexionaba:

La peor cosa que me llegó a pasar fue alcanzar el punto donde llegué a conocerme a mí mismo, sintiendo que no tenía otra alternativa sino escapar. No sé qué es más duro: estar sujeto a la humillación mientras uno no se conoce a sí mismo o evitar la tentación del amor propio cuando se ha llegado a conocerse.

Si las dificultades eran grandes, también lo era la necesidad de amor. Aunque se abstenía de ataduras personales hacia ningún ser humano, se ofrecía tan generosamente y los que estaban a su alrededor estaban tan conmovidos por el amor que percibían de él, que la llama que encendió en el corazón de sus discípulos ha llegado hasta nosotros.

Si bien las circunstancias exteriores y el ascetismo de su vida pertenecen a la época en que vivió, el camino interior de pobreza espiritual que brilla en las anécdotas de su vida es una referencia importante para los viajeros de hoy.

La vida de Ebrāhim

El padre de Ebrāhim, Adham, un zoroastriano converso al Islam, fue un buscador sincero del conocimiento divino. Fue también un soldado que luchó con el ejército del

Islam para derribar al régimen sasánida, corrupto y opresor, cuya casta de sacerdotes se había apropiado el derecho a hablar en el nombre de Dios. En la nueva fe, con su principio de la Unidad divina, no había ni clases ni intermediarios sacerdotales entre el creyente y Dios.

Cuando los ejércitos islámicos se extendieron por Irán, Adham cabalgó con ellos hasta que él y sus hermanos de tribu llegaron a la antigua ciudad de Balj. Se establecieron allí y Adham desarrolló un floreciente emporio. Ebrāhim nació en medio del lujo. En consonancia con la Balj legendaria en la que habían coincidido las dos grandes creencias, el mazdeísmo [la religión de Zoroastro] y el budismo, surgieron leyendas acerca del joven, años después, que hicieron de él un príncipe como Gautama, a pesar de que, al igual que su ilustre predecesor, fue en realidad el hijo de un jefe local y no el de un rey en sentido clásico.

Cuando Adham peregrinó a La Meca, llevó consigo a su esposa que estaba encinta de Ebrāhim. El niño nació en La Meca durante los rituales del peregrinaje. Su madre lavó a su recién nacido en las aguas del pozo de Zamzam, le envolvió y le llevó en brazos mientras circunvalaba la Kaaba.

Como el Buddha, el joven Ebrāhim disfrutó de una vida de riqueza, de poder y de desahogo. Cabalgaba con una escolta de veinte sirvientes, a quienes emancipó cuando inició el camino espiritual.

En cierta ocasión compró un esclavo y le preguntó a éste su nombre. Este le dijo: «Mi nombre es el que quieras darme». Cuando Ebrāhim le preguntó qué comía, el hombre le contestó: «Cualquier cosa que me den». En una serie de preguntas y respuestas, el hombre dijo que vestía la ropa que le daban y hacía todo lo que se le ordenaba. Cuando le preguntó qué quería, contestó: «¿Qué puede un esclavo desear?»

Afligido, Ebrāhim se hizo a sí mismo este reproche: «¡Miserable! ¿Qué clase de creyente en Dios eres? ¡Aprende devoción de este hombre!» Lloró tanto que cayó desmayado.

Como una premonición, esta experiencia señaló la aparición de

una voz interior que no le iba a dejar descansar hasta seguirla. Una noche mientras estaba durmiendo en la terraza de su villa palaciega, fue despertado por una violenta sacudida, unas fuertes pisadas en la terraza.

«¿Quién va ahí?», gritó. «Soy un amigo. Perdí mi camello», fue la respuesta. «¿Qué clase de idiota eres para buscar un camello en la terraza?», exclamó Ebrāhim.

«¡Pues menudo patán eres tú», contestó el visitante, «buscando a Dios en tu trono dorado, vestido de seda! ¿Es acaso más raro buscar un camello en una terraza?»

Estas palabras impresionaron a su corazón y lo hicieron arder en llamas. Se volvió pensativo, confuso y melancólico. Vivía con una pena punzante, preguntando a su corazón por qué oía voces.

Pidió que le ensillaran un caballo para ir de caza. Montó y cabalgó por el desierto con su séquito. Iba de frente al galope, distraído, sin saber lo que estaba haciendo, perdió a su séquito y cabalgó en solitario. De repente, una voz le dijo que despertara. La ignoró, pero volvió a llamarle. Cuando le llamó por tercera vez, azotó a su caballo para huir, pero la voz continuó diciéndole que despertara. Consternado, sintió que estaba perdiendo el juicio.

Apareció un ciervo que le dijo: «Me han enviado para cazarte a ti, y no al revés. Por supuesto, tú no puedes cazarme. ¿Fuiste creado para disparar a una pobre bestia para apresarla? ¿No tienes otra misión?»

«¿Qué estado es éste?», preguntó Ebrāhim. La misma voz le hablaba ahora de nuevo, esta vez desde el pomo de su silla. Apartó su mirada del ciervo y la dirigió hacia su montura, aterrorizado según se iban revelando las visiones. Dios aún no había parado de llamarle. Finalmente la voz vino del collar que llevaba en su cuello. Y luego cesó: el mensaje había concluido. El reino arquetípico se abrió ante él, fue testigo de la realidad de los amigos de Dios, y alcanzó la certidumbre.

Lloró tan intensamente que sus prendas y el caballo se empaparon con lágrimas. Se arrepintió sincera-

mente, y centró sus ojos en la Senda. Vio a un pastor que conducía su baño y que llevaba puesto un manto de fieltro y un gorro de campesino. Se acercó al hombre e intercambiaron sus ropas, y se vistió con el manto de fieltro y con el gorro. Después, dejando atrás la vida que había llevado, vagó por montes y valles, arrepintiéndose de sus pecados, hasta que llegó a la ciudad de Marw en Jorāsān. Y ahí siguió sin encontrar alivio.

Dejó Marw y se dirigió hacia el sur a Neyshāpur, una de las grandes capitales de la región, una ciudad que iba a ser punto de reunión para el sufismo en un futuro próximo. En este ambiente más favorable buscó un rincón para la meditación y la devoción. Pasó un año en una cueva frecuentada por ascetas, dedicándose él también a las prácticas espirituales.

Todos los jueves salía de la cueva y recogía un haz de leña que cargaba en su espalda para ir a venderlo a Neyshāpur, y se quedaba allí para las oraciones del viernes. Con el dinero que le daban compraba pan, guardaba la mitad para dárselo a los pobres, y con el resto se conformaba hasta la semana siguiente.

Al final del año, viajó hacia Bagdad, a veces en compañía, pero solo más a menudo. Rechazado en las ciudades, permanecía en el campo, trabajando de día como campesino y dedicando la noche a sus oraciones, pero sin encontrar la inspiración que había experimentado anteriormente. Su búsqueda de la inspiración le condujo desde Bagdad a Siria y a la ciudad de Tarso, que tenía cierta reputación como centro de prácticas devocionales.

En Tarso se dedicó a la siega, pero se encontró sin trabajo al terminar la temporada de la cosecha. Un día, estaba sentado a orillas del mar Egeo y se le acercó alguien que le propuso que fuera a guardar su huerto. Esto hizo que se dedicara al trabajo de patrullar por los huertos de frutales.

Dejó finalmente Tarso y anduvo recorriendo la costa mediterránea de Siria, del Líbano y de Palestina. Catorce años después de haber dejado Neyshāpur, llegó a La Meca,

acompañando su viaje con oraciones y penitencias.

Para entonces había desarrollado tal reputación de piedad y de carisma que su fama le precedía. Los maestros que se hallaban en el Santuario sagrado, al enterarse de su llegada, salieron a recibirle. Se enteró de esto y corrió hasta adelantarse y alejarse de la caravana con la que viajaba, con el objeto de entrar en la ciudad sin atraer la atención. Los asistentes de los maestros habían salido en su busca. Se encontraron con él y, no sabiendo quién era, le preguntaron si conocía al hombre que andaban buscando.

Viendo que se acercaba el grupo de maestros que venía a darle la bienvenida, exclamó: «¿Qué quieren de ese personaje, de ese hereje?» Furiosos, le golpearon en la cabeza por despreciar al hombre al que admiraban, gritando: «¿Cómo te atreves a insultar a un hombre como él? ¿Eres tú el hereje?» «¡Estoy de acuerdo!», replicó.

Cuando finalmente le dejaron solo, se dirigió a su *nafs* (ego): «¡Bien! ¿Te han colocado en tu lugar? En realidad, estabas deseando que los maestros del Santuario te dieran la bienvenida. ¡Dios santo! Te veía anhelando ser reconocido y recibir sus disculpas.»

Ebrāhim se estableció en La Meca, donde sus amigos y sus compañeros andaban en su busca. No comía nada que no hubiera ganado con sus propias manos, acarreado leña, trabajando como segador o como molinero, o cuidando los jardines y los huertos de la gente. Finalmente salió de La Meca y volvió a la costa mediterránea de Siria, de Líbano y de Palestina, donde permaneció el resto de su vida, viviendo, según su costumbre, de su trabajo en el campo.

Ebrāhim, el maestro

El propio despertar de Ebrāhim al camino espiritual tuvo lugar sin la intervención de ningún maestro, pero él llegó a convertirse en uno de ellos, y guió a muchos seguidores a lo largo de su vida. El aprendizaje formal no ocupó, sin embargo, ningún lugar destacado en su enseñanza. Ebrāhim comprendió que su llamada

La historia del amor

*La historia del amor en el papel no cabe.
El hablar del Amigo en palabras no cabe.*

*El cantar su belleza, que embriaga a los locos,
en oídos serenos, ese cantar no cabe.*

*No pueden darse juntas ebriedad y cautela.
Donde está el Tabernero, la prudencia no cabe.*

*Tanto llenó el Amado mi estrecho corazón,
que la injuria de todos los demás ya no cabe.*

*A Ti, tal como eres, no puedo describirte.
Esa tela preciosa en el bazar no cabe.*

*Nunca mi corazón perderé en rostro alguno,
que ante Tu rostro, el barro y su imagen no caben.*

*Mientras la flor está en la rama, hay espinas,
mas cuando está en los brazos, la espina ya no cabe.*

*Tanto afecto y anhelo hay entre dos amigos,
que el sangriento enemigo entre los dos no cabe.*

*Te veo con los ojos del corazón; los otros,
en la luz del encuentro y en su fulgor, no caben.*

*Tienes buenos amigos; no hay lugar para Sa'di.
Entre los compradores, el mendigo no cabe.*

—Sa'di Shirāzi (1292)
—Traducida por José M^a Bermejo

personal a la Senda le había exigido dejar de lado su amor por los libros, para centrar su vida en la ética y en la cortesía. Unos años más tarde confesó, quizá como enseñanza para un discípulo, que dejar los libros había sido una de las cosas más duras que tuvo que hacer. Dijo a sus compañeros «que buscaran el conocimiento en vistas de la acción, porque la mayoría de la gente está cargada con una montaña de conocimientos, mientras que sus actos son tan pequeños como una topera».

La tradición dice que Ebrāhim tuvo contacto con dos destacados eruditos de su tiempo, aunque la historia destaca que éstos reconocían a Ebrāhim como su guía espiritual y dan muy poca importancia a las enseñanzas que le habían dado.

Cuando Ebrāhim fue a visitar al famoso Abu Hanifa (m. 767), fundador de la escuela Hanifi de doctrina religiosa, los compañeros de esta eminente persona consideraban a Ebrāhim con desprecio. Cuando el imam anunció, «nuestro señor es Ebrāhim Adham», le preguntaron desde un punto de vista legalista, «¿De dónde le viene su señorío?»; «Del hecho», contestó el imán, «de que está constantemente dedicado a Dios, mientras que nosotros estamos ocupados en otras tareas».

Ebrāhim estudió las Tradiciones proféticas durante un tiempo con el maestro sufi Sofyān Suri (715-777). Su relación empezó cuando Ebrāhim envió a un discípulo desde Ramala a Jerusalén para estudiar con él. Cuando el alumno llegó a casa de Sofyān,

los vecinos se rieron de él por venir desde tan lejos para estudiar con un hombre tan miserable. El alumno, sin embargo, siguiendo el espíritu de su maestro Ebrāhim, declaró cándidamente que él no había venido para aprender de Sofyān como autoridad religiosa, sino para aprender de su humildad.

Cuando Sofyān oyó estas palabras reflexionó sobre qué maestro tenía que ser el que había formado a una persona tan sabia y decidió ir a Ramala para conocer a Ebrāhim. Cuando llegó dijo modestamente a Ebrāhim: «Vengo como alumno, para que me enseñes a aceptar todo lo que me ocurra». Desde este primer encuentro ambos se deleitaban tanto con su mutua compañía espiritual que se mantenían juntos despiertos

toda la noche conversando poco y observando largos períodos de silencio contemplativo.

En cierta ocasión mientras ayunaba, Sofyān fue a visitar a otro sufi que le ofreció dulce, dátiles y aceite en un plato. «Si no estuviera ayunando lo tomaría», le dijo. El dueño de la casa contestó: «Ebrāhim estuvo aquí antes, sentado exactamente donde tú estás sentado, y él sí comió este mismo dulce de este mismo plato, diciendo “Estaba ayunando pero deseo compartir este dulce contigo para complacerte”». Cuando su anfitrión hubo dicho esto, Sofyān se acercó y compartió la comida, considerando que había recibido una lección del maestro en cortesía.

Cuando Ebrāhim acabó sus estudios con Sofyān éste le dijo: «El hombre que me enseñó las Tradiciones viene hoy a la ciudad», y le recomendó que él también buscara las enseñanzas de este profesor. Ebrāhim replicó: «No quiero aprender las Tradiciones para sacar beneficios de ello. Lo que tú me has enseñado es exactamente lo que me conviene».

Incluso después de años de amistad y camaradería, debido a su profundo respeto por el maestro, Sofyān siempre callaba en su presencia, sentándose con él en silencio un día tras otro. Cuando partió, predicó y dio consejos elocuentemente.

El principal discípulo de Ebrāhim fue Shaqiq Balji que fue origen de una cadena de importantes maestros en Balj. Sin embargo, la fama de Ebrāhim como profesor y guía se extendió más allá de sus discípulos inmediatos. En cierta ocasión el mismo califa buscó su guía. Abu Ŷa'far Mansur, segundo califa de la dinastía abasí (reinado 754-775), le invitó a la corte y le preguntó acerca de su Senda. El maestro contestó con un poema: «Hemos rasgado el manto del mundo con el fin de remendar el manto de nuestra fe. No permaneció luego ni nuestra religión ni aquello que hemos cosido»; quería decir que la distinción entre «Él» y «tú» desaparece, cuando uno pierde su «yo».

Molesto con la pompa de la corte y consciente de que el califa no llegaría a profundizar más en el

conocimiento, el maestro preguntó, después de una incomoda pausa del monarca «¿Hay algún sitio adonde pueda retirarme para sosegarme?» Se le indicó el camino y usando esto como excusa para irse, se marchó con estas palabras: «Todo aquel que busca la fama y la fortuna no puede experimentar la Verdad».

Como reveló a un discípulo que le encontró una vez durmiendo en el suelo envuelto en su manto en la orilla del mar: «Los reyes andan en busca de algo que no pueden conseguir, pero nosotros lo hemos buscado y alcanzado. Qué bien me protege esta ropa de la suciedad y de la mugre».

Trataba con consideración incluso a aquellos que no le entendían, y el cuidado de Ebrāhim por sus discípulos ganaba sus corazones, de modo que todos sus seguidores agradecidos cantaban sus alabanzas. Entre los hombres de su tiempo, no habrían hallado a ningún otro que pudiera guiarlos hacia Dios de forma tan amorosa y fraternal. Tras encontrar al maestro, un sufi se prosternó en dirección a la alquibla: «Si te preguntas por qué me prosterno, es porque doy gracias a Dios siempre que te veo».

Sus seguidores asociaban el nombre de Ebrāhim a la renuncia de sí mismo, al desapego del mundo, a la caballerosidad, a la sinceridad y al altruismo (*isār*) en sus grados más elevados.

Su intuición era formidable, como lo era su método cortés de instrucción. Ambos quedan demostrados en la anécdota de un sufi que fue a verle vistiendo el manto de *darwish* mientras el maestro estaba cribando grano en el patio de su casa. Sin señalar su presencia, se sentó humildemente al lado de la puerta esperando que le vieran y le mandaran pasar. Por su intuición, el maestro supo que estaba allí y le llamó bromeando: «¡Eh, Soleymān! ¡Entra! Cómo pase alguien decente por ahí pensará que eres un mendigo y te echará una limosna».

En otra ocasión una persona de Jorāsān pidió ser discípulo del maestro, y éste le contestó que le aceptaría con la condición de que desde su punto de vista le considerara al maestro más valioso que a sí

mismo. Cuando el hombre dijo que no pensaba así, el maestro le aceptó por su sinceridad.

Muchas historias acerca de Ebrāhim se centran en la caballerosidad que demostró esforzándose en servir y proveer de sustento material a sus discípulos. «Excepto en una ocasión, siempre he podido mantener a mis discípulos y a otros», dijo; le preguntaron: «¿Cómo fue eso?»; contestó: «Una vez durante la cosecha, no pude ganar lo suficiente. A causa de ello tuvieron que trabajar para ganar el dinero suficiente para mantenerme a mí. Esto fue especialmente penoso para mí.» Cada vez que le preguntaban cómo estaba, contestaba: «Mientras tenga suficientes recursos para mantenerme a mí mismo y no depender de los demás, estaré bien».

Su ética de trabajo honrado y de devoción sincera quedan de manifiesto en la siguiente historia. Estaban él y sus discípulos trabajando en la cosecha en el mes de ayuno del Ramadán. Los discípulos le preguntaron si podrían ir a La Meca, para pasar los últimos diez días de su ayuno en esa ciudad, y poder así vivir la Noche de Poder (el 21 del mes de Ramadán) en el lugar donde fue revelado el Qorán. «Quedaros aquí,» contestó el maestro, «y trabajad duro, y todas las noche serán la Noche de Poder».

Otra anécdota refleja el mismo espíritu. Un hombre le preguntó si había algún problema en faltar a las oraciones comunitarias del viernes debido a su trabajo en el mercado, y el maestro contestó: «Si llevas una vida honesta, es como si participaras en las oraciones comunitarias». Su consejo para la vida diaria iba en el mismo sentido. Enseñaba que uno debe satisfacer sus necesidades y cumplir sus responsabilidades hacia los demás trabajando honradamente.

Ebrāhim trabajaba constantemente para ayudar y servir a los demás, gastando el sueldo de su trabajo en sus discípulos y compañeros, reservándose para sí mismo lo más ascético. Llevaba ropa ordinaria barata sin un buen calzado ni un turbante de erudito: en invierno un chaleco de piel de cordero sobre su camisa, y en

verano una simple camisa y un paño anudado a la cintura. Viajando o en casa, ayunaba regularmente, se mantenía toda la noche en vigilia y estaba constantemente meditando.

Para asegurarse de que su hambre era necesidad y no deseo, esperaba a comer hasta que le resultara imprescindible. Una historia cuenta que un curioso compañero suyo de viaje abrió una bolsa que Ebrāhim tenía colgada en la pared, pensando que podría contener dulce. Dentro no encontró nada más que arcilla. Ebrāhim le explicó: «Esta es mi provisión de comida para un mes». Para los demás Ebrāhim prescribía la dieta siguiente: «Cuando la comida viene a nosotros, comamos de una forma humana; y cuando no tengamos nada, practiquemos la paciencia humanamente».

Al acabar un día de trabajo cosechando, solía mandar a uno de sus discípulos al capataz para recoger su sueldo. Cuando el discípulo volvía, el maestro nunca tocaba el dinero, y decía a los discípulos que lo cogieran y compraran aquello que fuera necesario para comer. Si no había trabajo en la cosecha, se dedicaba a vigilar los huertos como medio de vida, a trabajar en el campo o se sentaba y aventaba un par de medidas de grano. En la temporada se sentaba todo el día moliendo harina de bellotas para poder dar de comer a sus discípulos con lo que él ganaba. Cuando se dedicaba a otro de sus oficios, moliendo grano a mano de casa en casa, y se daba cuenta de que alguien estaba necesitado, no le cobraba.

Cuando trabajaba cosechando, echaba una mano a los trabajadores más flojos, permitiéndoles llevarse lo correspondiente a lo que él hubiera realizado. Cuando molía grano con un discípulo, enrollaba una cuerda en el mango del mazo para que le resultara éste más suave al discípulo. Cuando estaba segando hacía sentar a sus discípulos mientras él hacía el trabajo. Dejaba a sus discípulos sentados y se ponía a hacer sus oraciones, y volvía luego para completar él mismo la tarea.

Todas las anécdotas ilustran, una tras otra, la caballerosidad y

la generosidad de Ebrāhim hacia sus discípulos y compañeros, se lo agradecieran o no. El los aconsejaba: «Abre la bolsa cerrada y cierra la boca abierta». Abundan las historias que refieren como les daba ejemplo para «considerar primero a los demás», como esta que sigue a continuación.

El maestro salió de viaje con un compañero que cayó enfermo en el camino. El maestro gastó todo lo que tenía para cuidar lo mejor posible a su compañero enfermo, que había depositado en él toda su confianza. Finalmente el maestro vendió su (propio) burro para pagar el tratamiento de su compañero. Cuando éste se recuperó, se dio cuenta de que el burro había desaparecido. Cuando preguntó al maestro qué le había pasado, éste le explicó que lo había vendido.

«Aún estoy débil. ¿Quién me va a llevar?», se quejó el compañero. Le contestó el maestro: «Hermano, súbete a mis hombros». Así lo hizo, y el maestro le llevó durante las tres etapas siguientes de su viaje, dejándole finalmente en un lugar en que pudo conseguir los cuidados apropiados y pudo seguir adelante por su propio pie.

En otra ocasión, se encontró Ebrāhim con un discípulo que parecía muy cansado de cortar leña. El maestro le pidió prestado su machete, y mientras dormía terminó el trabajo por él, cuidando de no molestarle.

Algunos de estos ejemplos pueden dar la impresión de discípulos perezosos y una sensación de complacencia, pero lo que dice Ebrāhim sobre la educación de los padres aclara su verdadera intención:

No hay padres más perjudiciales que aquellos que dan de comer a sus hijos la comida más sabrosa y los visten con las ropas mejores y más elegantes sin enseñarles la conducta, el método, la ciencia, la gracia y el arte de la Senda, porque cuando unos padres así han muerto, algunos de sus retoños se dedican al robo,...
(o) se alistan en el séquito de los tiranos, calumniando... y persiguiendo a los demás.

Ebrāhim predicaba con el ejemplo, y su amabilidad con sus discipu-

los no era para echarlos a perder, sino con el propósito y finalmente con el efecto de despertar sus corazones, como lo indica la siguiente anécdota.

Una tarde después de las oraciones salió a comprar comida para sus compañeros. Esto le llevó más tiempo del que había pensado, así que volvió más tarde de lo previsto, y éstos le reprocharon que trajera tarde la comida.

La siguiente vez en que salió el maestro, los discípulos no le esperaron y comieron lo que tenían a mano. Al volver, los encontró dormidos. Pensando que se habían acostado con hambre, encendió el fuego, amasó pasta y preparó la comida para cuando se levantaran, y no estuvieran hambrientos por haber pasado la noche con los estómagos vacíos. Cuando despertaron y vieron al maestro envuelto en humo, con su barba y sus bigotes cubiertos de ceniza, soplando para avivar el fuego y cocinando para ellos, se sintieron llenos de vergüenza por su propia conducta y de gratitud por la amabilidad del maestro.

La gran generosidad de Ebrāhim no se perdió en sus discípulos, como lo refleja la historia de uno de ellos que iba montado a pelo en su mula. Cuando le preguntaron por la silla, dijo que había seguido el camino de la generosidad de Ebrāhim. Alguien le había enviado una bandeja con dátiles e higos, y él se lo había agradecido dándole la montura. En otra ocasión alguien le envió cebada; se quitó su chaleco de piel de cordero y lo puso en la bandeja que devolvió al remitente.

La caballerosidad de Ebrāhim no sólo se hacía extensiva a sus compañeros, sino que hacía todo lo posible por ser considerado con todos. Una vez en que iba de camino invitado a una cena, fue picado por un escorpión, pero ocultó este hecho a su anfitrión para evitar alarmarle. En otra ocasión, se encontró por casualidad con tres desconocidos que, tras rezar en una mezquita en ruinas, se habían quedado allí a dormir. El maestro se quedó a la puerta toda la noche, montando guardia hasta el amanecer. Cuando le preguntaron por qué había hecho esto, contestó, «El tiempo

era extremadamente frío y hacía un viento cortante. Así que me puse en la puerta para evitar que se abriera con el viento y que os incomodara».

Si Ebrāhim ayudaba a amigos y extraños necesitados, también ayudaba a los que le herían, como queda claro en la respuesta que dio a un hombre que le había insultado:

Consigo satisfacción en siete cosas con respecto a usted: primero, en no contestarle; segundo, en no quejarme de usted; tercero, en no tener rencor hacia usted; cuarto, en no quejarme a Dios de usted; quinto, en rezar por usted; sexto, en saludarle sin esperar su respuesta; y séptimo, si Dios eligiera enviarme al cielo, renunciaría a ir a menos que usted viniera conmigo.

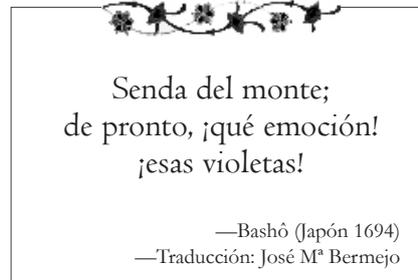
Quizá lo más significativo de su estado interior es el relato de su encuentro con el asesino de su tío: el maestro divisó al asesino de su tío en La Meca mientras éste estaba rezando. Le asaltó la idea de venganza, agitando su corazón, hasta que decidió en su corazón ir a saludar al hombre. Le llevó una fuente con comida como regalo y se la ofreció. Con eso, ese pensamiento pasajero se borró de su corazón.

La enseñanza de Ebrāhim, sin embargo, no siempre tenía un aspecto exterior de amabilidad. Cuando los discípulos lo necesitaban y podían beneficiarse de sus críticas, Ebrāhim lo hacía, como hizo con un discípulo que oyó una charla de Ebrāhim acerca de las virtudes de generosidad y nobleza y después intentó desarrollar estas cualidades a través de buenas obras. Ebrāhim era implacable, y le señalaba los fallos y los defectos en todos los servicios que intentaba prestar. Finalmente, el discípulo se dio cuenta de que las reprimendas de Ebrāhim eran más valiosas para su corazón que su propia pretensión de servicio.

Ebrāhim llegó a un estado en que su propia felicidad era independiente del trato que recibía de los demás, y dejó esto claro a sus discípulos. Él les daba estos consejos:

El corazón tiene tres velos: alegría, pesar y deleite. Si te pones contento con algo que tienes, te vuelves codicioso... Cuando te pones pesaroso por algo que has perdido, estás descontento... Cuando estás encantado con los halagos que alguien te hace, estás satisfecho de ti mismo, y los tres te separan de Dios.

Aunque alegraba el corazón de los demás con su caballerosidad y su generosidad, lo que contentaba el suyo propio era que le recordaran a Dios, fuera como fuera el modo en que esto ocurriera. Cuando le preguntaron si alguna vez había experimentado alegría en la Senda, contestó: «Muchas veces». Una vez fue estando a bordo de un barco, con el pelo largo y la ropa andrajosa en un



estado que sus compañeros de pasaje no podían comprender. Se reían o tenían lástima de él. Un individuo se burlaba de él sin cesar, levantándole el pelo y dándole collejas en la nuca. El maestro permanecía concentrado en su meditación, de tal forma que la humillación del *nafs* (ego) producida por este trato le daba gozo.

Más tarde, se produjo una fuerte tormenta y el mar embravecido hizo peligrar la vida de todos en el barco. Estaban tirando al agua la carga para aligerar el barco, cuando alguien fue en busca de Ebrāhim para tirarle también. Le iban arrastrando por las orejas, y justo cuando estaban a punto de tirarle por la borda, cesaron las olas y el mar quedó en calma y tranquilo. Percibió entonces la realidad de su *nafs*.

En otra ocasión, el maestro entró en una mezquita donde intentó dormir pero los demás no le dejaban. Estaba tan débil y tan hambriento que no tenía fuerzas para levantarse; le cogieron por las piernas y le arrastraron por un tramo de tres escalones

hasta la calle. Su cabeza se había golpeado con fuerza contra cada peldaño y sangraba en abundancia. Absorto en su meditación, no experimentó más que gozo. Con cada golpe en su cabeza se le reveló un misterio. ¡Su única queja era que no hubiera más escalones! Cuando preguntó por curiosidad por qué le estaban echando fuera, ¡le acusaron de haber querido robar una estera!

Como estas historias dan a entender, el estado de Ebrāhim estaba más allá del dolor que otros hubieran sentido con semejante trato. Quizá su alegría fuera una experiencia de la presencia de Dios en su corazón cuando los demás le rechazaban. En cualquier caso, en otras ocasiones tenía que esforzarse más para poner a salvo su corazón de las tentaciones del mundo, como lo cuentan la cita siguiente y los relatos que vienen a continuación.

El más duro de los combates espirituales es contra los caprichos del *nafs*. Cada vez que se le prive al *nafs* de sus deseos, se habrá encontrado paz frente a las aflicciones del mundo, y se habrá conseguido ser inmune al daño que el *nafs* pueda causar. «Sé consciente de que los deseos de tu *nafs* desaparecerán de tu corazón sólo si le convences a tu *nafs* de que Dios te ve». Y: «No encuentro ningún asunto en el mundo tan difícil de tratar como mi *nafs*, que alternativamente se opone y colabora conmigo. Cuando busqué la ayuda de Dios para resistir a los deseos de mi *nafs*, Él me la dio, y cuando busqué el apoyo de Dios para oponerme a su malévola dominación, Él me la proporcionó igualmente...»

Un día no recibió nada para comer. Rezó así: «Bendito seas, Señor, porque así puedo hacer cuatrocientas oraciones». Esa noche siguió sin llegarle comida y estuvo una semana más sin comer. Estaba entonces débil y hambriento.

Rezaba: «Oh, Señor, si Tú otorgas algo, que así sea». Un joven apareció, preguntando: «¿Se necesita comida por aquí?» «Pues sí», contestó el maestro. Invitado por el maestro a su casa, el joven, al percibir la bondad del maestro, dejó escapar un grito an-

gustiado. «¿Qué ocurre?» preguntó el maestro. «Estoy a tu servicio, y todo lo que tengo es tuyo», contestó el joven.

Replicó el maestro: «Quedas libre, y todo lo que tengas en tus manos te lo entrego a ti». «Dispón de mí», dijo el joven.

El maestro rezo así: «Oh, Señor, en adelante no quiero nada de nadie que no seas Tú. Todo lo que buscaba era un mendrugo de pan; pero Tú me trajiste el mundo entero».

Una y otra vez en su vida, la pobreza de Ebrāhim fue puesta a prueba con ofertas de esas riquezas materiales a las que había renunciado. Atendiendo a su corazón, las rechazó.

Vino un día un mensajero de Balj con treinta mil dirhams para el maestro. Era lo que quedaba de los bienes de alguien para el que había trabajado y que acababa de morir. Las autoridades de Balj habían decidido que el maestro tenía derecho a ello. «Esta propiedad es legítimamente tuya», insistía el mensajero. «Tómalo, y así podré decir cuando regrese a Balj que lo has recibido en buena salud».

El maestro exclamó: «¡Hijo mío! Por más que he intentado escapar de ti, me has encontrado a pesar de todo, dejándome muy trastornado». Le dijo al mensajero que se quedara diez mil para él como pago por su molestia al venir desde tan lejos y por darle la alegría de saber que sus amigos de Balj estaban bien. Le dio instrucciones para que entregara otros diez mil en limosnas a los pobres de Balj, y que repartiera los diez mil restantes entre los necesitados de la ciudad. El maestro se marchó entonces, dejando el dinero en las manos del mensajero sin tocarlo.

En otra ocasión llamaron al maestro para que fuera a Balj pues un pariente suyo había fallecido, nombrándole heredero. Paró en el camino para hacer sus abluciones en un lago, y observó a un pájaro ciego posado en un cántaro de agua. Un cangrejo andaba alrededor de él y daba de comer al pájaro, dándole bocados que ponía en su pico. Hizo observar a su compañero: «Vamos en busca de una herencia, mientras Dios cuida de un pájaro ciego». Abandonó el viaje y volvió a casa.

Incluso cuando otro mensajero llegó de Balj con la noticia de la muerte de su padre, Ebrāhim se marchó y no quiso aceptar ninguna parte de la herencia. Como dijo a sus discípulos en otra ocasión: «No interpongas ningún benefactor entre tú y tu Dios, y considera como un préstamo el beneficio que venga de cualquier otro que Dios».

El mismo Ebrāhim, contento con lo que Dios le daba, no dedicaba mucha atención a los ruegos y quejas que le debía de someter mucha gente. En una ocasión, nuevamente a bordo de un barco en una tormenta espantosa, le pidieron con insistencia que rezara para no hundirse. Contestó: «Este no es tiempo para la oración, es tiempo para la sumisión».

En un año de sequía, le preguntaron por qué no rezaba a Dios para que enviase la lluvia. Replicó: «Cuando te entregues a Él completamente, conocerás que Él sabe mejor cómo ejercer la Divinidad y manifestar su Señorío».

Y cuando sus discípulos se quejaron acerca del precio de la carne, les dio este consejo: «Hagamos que sea más barata». Preguntaron entonces: «¿Cómo?»; y contestó: «No comprándola y no tomándola».

Este maestro entendió el valor de la pobreza y fue considerado único en su abstinencia de lo mundanal. Decía: «Si uno busca tranquilidad, debe expulsar de su corazón todas las cosas materiales». Cuando pasaba y veía a la gente derribando paredes o edificios para construir otros más ambiciosos, se reía de este tipo de trabajo. Cuando le criticaron por su actitud, citó el versículo coránico *Él os prueba para [ver] cuál de vosotros actúa con más virtud* (11,7), y les dijo que no había dicho «cual de vosotros acumula más en el mundo y lo ama más, distrayéndose, olvidando su propósito, cogiendo y acaparando bienes». El insistía en que los seres humanos fueron creados con el propósito de venerar a Dios.

Después de una vida fiel a su propósito, Ebrāhim murió probablemente en 783. Su cuerpo fue llevado a Tiro, y de ahí al desierto para enterrarle. Se reunió allí una gran

muchedumbre, rezando, llorando y cantando por él. Se concentró tal multitud alrededor del féretro que alguien esgrimiendo una espada tuvo que andar abriendo el camino. La muchedumbre pidió al gobernador de la región que dirigiera la oración. Durante muchos años, siempre que un hombre respetado moría en aquella ciudad, empezaban las canciones en las honras fúnebres con el nombre del maestro Ebrāhim.

De su inspiración, quizá lo más vital para los viajeros es su promesa de esperanza. Su vida y sus palabras dejaron claro que Dios ayuda a los enamorados sinceros. «Dios derrama su misericordia sobre los viajeros y los mira con los ojos de Su gracia».

Como él decía, dirigiéndose a Dios:

Tú sabes que el paraíso no tiene para mí más peso que un mosquito, porque Tú me has honrado con Tu amor, me has hecho intimar con Tu recuerdo, y me has liberado para contemplar Tu grandeza.

Y daba estos consejos a sus discípulos:

¡Evita la arrogancia y los actos egoístas! ... Cuando uno humilla a su *nafs*, es elevado por su Señor. Todo aquel que sea sumiso ante Dios será estimado por Él. Cuando alguien intenta evitar a Dios, Él le coge en su mano. A todo aquel que Le obedece, Él le salvará. Al que se vuelve hacia Él, Él le contentará. Él dará a uno aquello que desea de Él. Cuando Él concede un don, hay que hacer este préstamo provechoso. Cuando alguien Le da las gracias es recompensado por Él. Es responsabilidad de cada uno, como creyente, pesar su *nafs* antes de que se lo pesen. Es responsabilidad de cada uno hacer las cuentas de su *nafs* antes de que alguien lo haga por él. Al presentarse ante Dios el Altísimo, el Supremo, es conveniente ir engalanado y preparado.

Si el maestro Ebrāhim Adham nos ha legado un mensaje, es éste:

Es imposible que tú puedas amarle a Él y Él no te ame a ti.

